

# Chapingo y el movimiento estudiantil popular del

# 68

---

Hiram Núñez Gutiérrez  
Jorge Gustavo Ocampo Ledesma  
Rosaura Reyes Canchola



Universidad Autónoma Chapingo

# SUCEDIO HACE CUARENTA AÑOS

Tayde Morales Santos<sup>1</sup>

*Honraré a los caídos luchando,  
no conozco sus nombres y se  
que por nombre podría darles mucho,  
el glorioso y bello nombre: vencer.*

*Judith Reyes*

Dedico este brevísimo recordatorio a la memoria de los luchadores sociales: José Dolores López y Ramón Danzós Palomino (CIOAC); Nicolás Olivos Cuellar y Pablo Sandoval (SUNTU); Nabor Cornelio Álvarez, Valentín Campa Salazar y José Encarnación Pérez (PCM).

Fui joven, cuando ser estudiante era un delito. Orgullosamente pertenezco a la llamada generación del 68, la que fue marcada para siempre con el hierro candente de la persecución gubernamental, esa que persiste y que está presente en cada momento de nuestra vida, que no se ve, pero se siente, se padece y se enfrenta, aunque hoy, de manera callada y solitaria porque ya no existe ese poderoso movimiento social que por muchos años dio cobertura a los luchadores sociales y salvó de la cárcel clandestina, la y la muerte a no pocos de ellos. El delito, ser jóvenes y tener ideales alentados entonces por la revolución socialista que había triunfado en Cuba en 1959 y por los movimientos obrero, campesino y popular que en México libraban abiertas batallas contra el charrismo sindical, la represión policiaca y los bajos precios de las materias primas provenientes del campo.

---

<sup>1</sup> Profesora Investigadora. Departamento de Ingeniería Agroindustrial. Universidad Autónoma Chapingo. Chapingo, Méx., 2008

Coprereros, cañeros, obreros textiles, ferrocarrileros, maestros, estudiantes, todos eran acusados de comunistas. En lo particular, la primera vez que leí la palabra comunismo, corría el año de 1958, aún no cumplía los siete años, regresaba de la escuela y las paredes del sindicato de trabajadores textiles de mi pueblo, -Santa Rosa, Veracruz,<sup>2</sup> un pueblo fabril del porfiriato. como lo define el historiador veracruzano Bernardo García Díaz<sup>3</sup> estaban tapizadas con unos papeles amarillentos con grandes letras rojas en las que se leía ¡cristianismo sí, comunismo no! Cualquiera de los que hoy se encuentran en el presidium de este magno evento saben lo que significó esta frase lapidaria en esos años y podrá imaginar el terror que se apoderó de mí.

La segunda vez, la escuché aquella tarde de agosto de 1968 cuando me dirigía a tomar clases en la Escuela de Bachilleres Nocturna de Orizaba, Veracruz, (ESBON) donde cursaba el último año de preparatoria. El kiosco del parque Hidalgo estaba lleno de jóvenes que vestían pantalón de mezclilla, camisas blancas arremangadas y una libreta bajo el brazo, algunos de ellos con el pelo largo sin negar a los hombros, más bien al estilo de Paul McCartney.

Desvié mi ruta y me acerqué a escucharlos, eran estudiantes del Politécnico, su discurso era sobrecogedor. En la madrugada del 30 de julio, en la capital, el ejército y los granaderos había volado el portón de la preparatoria número 3 de un bazucazo y muchos de los estudiantes, que se encontraban resguardándola en su interior habían resultado heridos, y más de cien fueron detenidos, pero todos estaban siendo acusados de agitadores profesionales por el gobierno del Presidente Díaz Ordaz. La verdad no tenía ni idea de lo que era una bazuca ni un granadero, ni un agitador profesional, mucho menos, que algún día llegaría

---

<sup>2</sup> Hoy Ciudad Mendoza, Veracruz.

<sup>3</sup>García Díaz Bernardo. (1997) **Un pueblo fabril del porfiriato: Santa Rosa, Veracruz.** Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales. Universidad Veracruzana. FOMECA. Fondo Mendocino para la Cultura y las Artes. Ciudad Mendoza, Veracruz, México.

a ser injustamente acusada de lo mismo. Nuevas palabras se sumaban a mi léxico y una nueva etapa se iniciaba en mi vida que habría de ser definitiva en mi formación personal, política y profesional.

Huelga decir que pronto me integré al movimiento al igual que otros compañeros preparatorianos, y en cosa de unos días se constituyó el comité de apoyo y se organizó la primera marcha de protesta. Con ello estudiantes de toda la región, Ciudad Mendoza, Nogales, Río Blanco y Orizaba, entrábamos en un proceso que habría de culminar como en todo el país con las consabidas golpizas, la tortura, el encarcelamiento clandestino y no clandestino de los manifestantes, y la masacre del 2 de octubre.

Cómo olvidar esa primera y única marcha de agosto, si uno de los policías municipales me arrebató la pancarta gigante que portaba y bailoteó sobre ella, destrozándola, al tiempo que dándome de bofetadas en el rostro me decía: "¿Sabes niña estúpida, ¿quién es este sujeto que has dibujado en tu pancarta?". "Sí, le contesté con una actitud retadora, es el Comandante Che Guevara". No lo hubiera hecho porque me fue peor, aunque no tan mal como a otros compañeros que fueron detenidos. El municipal vociferaba y dándome lecciones "cívicas", me refería que el tal Che Guevara era un comunista vil, enemigo de la religión y de México.

Para mi suerte, ya tenía años escuchando a mi padre, un obrero textil y luchador social de formación magonista y disidente del charrismo de la CROM, hablar de la revolución cubana y del médico argentino Ernesto Che Guevara, quien junto con Castro Ruz habían echado de la isla al dictador Batista, que habían derrotado a la invasión norteamericana en Playa Girón en 1961 y a la crisis de los misiles en 1962 y esta vez, a pesar del cruento asesinato del Che un año antes, el término comunista más que atemorizarme me provocó curiosidad. Lo que si me estaba causando indignación era que los "muchachos" de la UNAM, del Politécnico y de Chapingo, seguían siendo reprimidos en la capital. Yo

estaba próxima a entrar a la Universidad, mi aspiración como la de muchos de mis paisanos era salir de mi pueblo e ingresar a la UNAM y las cosas como las contaban los estudiantes del Poli no pintaban bien para eso.

A finales de agosto, una noche, antes de que terminara el horario de clases el Director de la Prepa, platicaba con los alumnos que estábamos en el movimiento, dándonos consejos sobre los riesgos que estábamos asumiendo, cuando se escuchó el acompasado y sobrecogedor ritmo de botas. Un pelotón de soldados subía por las centenarias escaleras del viejo edificio de la Prepa-nocturna, llegó al salón y con lujo de violencia nos sacó de la escuela. A las mujeres, -solo éramos dos-, afortunadamente, nos mandaron a casa y nos amenazaron con detenernos si volvíamos a vernos en "bolita". Después me enteré que a los muchachos- es decir, a los líderes del movimiento los tenían detenidos en la ciudad de Xalapa, la capital del Estado de Veracruz, y los estaban torturando.

Días más tarde las instrucciones al Director fueron precisas, dar por terminadas las clases. Así fue como nuestro año escolar que debía terminar el 30 de noviembre de 1968 concluyó en septiembre.

Mis padres que no querían que me ocurriera algo, aprovecharon mi decisión de querer entrar a la UNAM. De inmediato me propusieron que me fuera al D.F. a casa de unos familiares para estar a tiempo de realizar mis trámites de ingreso a la Facultad de Derecho. Nunca se imaginaron el desenlace que iba a tener el conflicto estudiantil.

Pero la vida camina por donde tiene que caminar y resultó que pude ser parcial testigo de los hechos fatídicos del 2 de octubre. Radicada en la colonia Santa María la Ribera, no podía estar más cerca de los acontecimientos. Ese día pasadas las tres de la tarde subí a lavar mi ropa a la azotea del edificio donde vivía y vi pasar por la calle de Sor Juana camiones y más camiones, con los

techos tapizados de estudiantes gritando consignas de repudio a los funcionarios policiacos Cueto, Mendiola y Cerecedo, loas a la revolución cubana y repartiendo volantes rumbo a "la plaza de las sepulturas o de los tres gorilas", como después del 2 de octubre habrían de bautizar coloquialmente a la Plaza de las Tres Culturas.

Era emotivo escucharlos iban entonando la parodia de la canción de moda "Vagabundo", dedicada a los granaderos.

*¡Jamás nosotros seremos granaderos!  
vivimos del amor y del estudio ...  
ni tu ni yo iremos por el mundo,  
golpeando profesores y estudiantes ...*

Bajé a la calle a recoger algunos volantes, las consignas eran:

Derogación de los artículos 145 y 145 Bis del Código Penal que tipificaban y sancionaban el delito de disolución social, la renuncia de los jefes policiacos, Cueto, Mendiola y Cerecedo, el cese a la represión, la desaparición del cuerpo de granaderos y la libertad a los presos políticos, entre otras.

Casi obscureciendo subí a la azotea a bajar la ropa y entonces escuché el consabido y nunca olvidado ruido de las hélices de un helicóptero, vi las no menos famosas y nunca tan tristes luces de bengala surcar el cielo de Tlatelolco, sonidos indescriptibles y después, un ominoso silencio solo interrumpido por el ulular de algunas sirenas.

La llamada telefónica de un primo que regresaba de su trabajo nos indicó que no había que, a la calle, ni siquiera por el pan, que nos mantuviéramos dentro de casa porque habían ocurrido cosas que al llegar nos contaría a su esposa ya mí.

Encendimos la tele y la radio y nada, todas las programaciones seguían presentándose como si nada, los hermanos Carreón y los Beatles se seguían

escuchando tan diáfanos como cualquier día, y hasta creímos que mi primo nos había vacilado. Pero, al día siguiente cuando de alguna manera las noticias corrieron entre la gente y en susurros, la prima que me daba albergue en su casa, se enteró de lo sucedido y me pidió que la acompañara a la Unidad Tlatelolco, porque ahí vivía una hermana y sobrinas suyas y quería saber cómo se encontraban.

Por la tarde del día 3, una tarde fría y húmeda llegamos a la plaza, había que atravesarla para llegar al edificio donde vivía su familia, y entonces vi un panorama sobrecogedor que siempre me acompañará, alrededor de la plancha de la plaza mojada por la neblina o las mangueras, no lo sé había muchos zapatos en fila rodeándola y en un rincón, en el pasto, muchos sweteres y chamarras. Militares resguardaban la plaza. Uno de ellos nos detuvo y nos preguntó a donde nos dirigíamos. Le informamos y nos dijo que no más de veinte minutos podíamos ocupar en la visita y así lo hicimos. Cuando entramos al departamento de la prima ésta nos recibió con una hojita de cuaderno donde decía "todo lo que quieran platicar que sea por escrito, no se puede hablar en voz alta", así lo hicimos y pronto nos despedimos. Las paredes y los pasillos del edificio aún tenían sangre.

Debo aclarar que nunca entré a estudiar a la UNAM, la Universidad no se abrió hasta mediados del siguiente año y yo ingresé a la Facultad de Derecho de la Universidad Veracruzana en enero de 1969, donde pronto me llevé otra sorpresa. Algunos de los líderes veracruzanos del movimiento guardaban ominoso silencio, otros evadían cualquier intento de respuesta a nuestras preguntas sobre lo que había sucedido, uno que otro estaba ya laborando en el gobierno del estado y el resto estaba siendo cooptado por grupos de jóvenes para engrosar las filas de la CNOP juvenil del PRI. En lo particular y sin tener muy claro de qué se trataba, solo con las inquietudes políticas a flor de piel, ingresé a la CNOP juvenil, reclutada por el hoy gobernador - del estado de Veracruz, Fidel Herrera Beltrán -en aquel entonces un joven limpio y con

ideales- y el hoy Magistrado del Tribunal Superior Agrario, Luis Hernández Palacios, a quien sigo respetando porque es un intelectual demócrata y honesto.

Claro que duré poco tiempo ahí, sólo el suficiente para darme cuenta de ese no era mi lugar y pronto busqué a la izquierda, encontrando a una pareja de esposos y luchadores troskistas con quienes caminé un rato para después, en 1976 ya como profesionista, ingresar en el estado de Tabasco a las filas del Partido Comunista Mexicano junto con un joven radical recién egresado de la Universidad Autónoma Chapingo y quien me acompaña desde entonces por la vida, el maestro universitario Francisco Javier Ramírez Díaz, con quien viví la represión ejercida por el gobierno federal y del estado de Tabasco cuando decidieron cerrar las puertas del Colegio Superior de Agricultura Tropical en 1985 y expulsarnos de la entidad bajo el lema de: fuereño que se rebela, se va del estado, tabasqueño que se rebela, se queda, pero tres metros bajo tierra.

Los años de permanencia en la Universidad Veracruzana fueron aciagos, la vigilancia policiaca y militar para los estudiantes no cesó. Recuerdo que cuando íbamos a cobrar el giro que nos enviaban nuestros padres para pagar la pensión estudiantil, un militar apostado en la ventanilla de pago de la oficina de telégrafos, lo revisaba primero, no fuera a ser un envío del oro de Moscú.

Mi generación en la facultad de Derecho es la denominada "Comandante Ernesto Che Guevara", solo que en 1973 cuando egresé se nos informó por un representante de la generación, que el entonces gobernador de Veracruz no aceptaba firmar los diplomas con ese nombre, que accediéramos a suavizarlo aceptando que se la denominara "Generación, Doctor Ernesto Guevara de la Serna". Nos negamos porque como diría en una ocasión el líder estudiantil chapinguero Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, "Entonces éramos jóvenes", y preferimos quedarnos sin diploma antes que renunciar al nombre de batalla del ilustre revolucionario. Hoy sé que no hubiera sido malo aceptar y es una lástima que no pueda lucir ese diploma, pero a cambio volví a dibujar

la imagen del Che -la misma que pisoteé aquel policía-, 10 llevo conmigo por la vida y hoy 10 puedo mostrar ante ustedes.

A cuarenta años del movimiento estudiantil, el destino de México no fue el que esperábamos, el ansiado socialismo no llegó, el hombre' nuevo imaginado por la generación de las mujeres jóvenes de entonces no cuajó, la vida transitó por otro rumbo. Hoy el panorama de México, de América Latina y del mundo es más desolador que entonces, el capitalismo ha llegado a su fase superior, algunos le llaman globalización, otro neoliberalismo, pero de una u otra forma es un sistema económico más desigual e injusto que el de esos años. El desarrollo científico y tecnológico, se ha convertido en un poderoso instrumento de dominación, vivimos una nueva etapa de acumulación originaria, basada no tan solo en la explotación del trabajo asalariado sino ahora también, en la expropiación brutal de los recursos naturales y las propiedades intelectuales personales, la bioservidumbre el bioterrorismo y el narcotráfico son los flagelos del llamado posmodernismo y yo diría, los signos históricos de la decadencia actual. Toca a las nuevas generaciones tomar la estafeta de la lucha social. Ellas tienen la palabra.

Esta es una minúscula síntesis de mi testimonio, y a grandes rasgos esto puedo decir a los jóvenes de hoy sobre parte de los sucesos que definieron el destino de toda una generación; y entre ellos el mío. Por ello, puedo decir satisfecha parafraseando a Neruda". ¡Confieso que he vivido!

*Adelante, adelante marchemos  
Tlatelolco no fue su final  
Un glorioso vivir tendrá el pueblo  
construyamos una nueva sociedad.  
Judith Reyes*